



PERIODICO PARA TODOS

Administración:
CH 1236 CARTIGNY/GE
Suiza

PUBLICACION QUINCENAL

Subscripciones
Suiza, 1 año . . . Fr. 5.--
Otros países . . . \$ 3.--

Dejémonos instruir por el amor divino

Exposición del Mensajero del Eterno

LAS instrucciones que el Señor nos da son todas admirables, y siempre oportunas para mostrarnos el punto débil y procurarnos la ayuda necesaria para vencer las dificultades.

Si dejamos obrar estas instrucciones de una manera práctica en nuestro corazón, sacamos de ellas maravillosas lecciones. Esto nos permite también admirar la gloriosa manera cómo obra el Señor, presentando su grandiosa invitación de amor a los seres humanos, para que puedan permanecer siempre vivos. Este es un mensaje amable, sin ninguna presión, pero lleno de ternura y de confortamiento.

Por Otra parte, vemos también la propaganda colosal que hacen las naciones, bajo la presión del espíritu del adversario; ya no es una invitación amable, sino que son amenazas y obligaciones de todas clases. Es el mando, los castigos contra el que no se doblega y que no obedece. Por tanto, hay dos corrientes diferentes una de otra, dos influencias que actúan en los seres humanos, la una para su bendición y la otra para su desgracia.

El escritor a los hebreos nos muestra que en todo el universo ningún ser celestial, por grande que fuese, recibió promesas como las que fueron hechas al Unigénito del Padre, nuestro querido Salvador. Ninguno recibió una tan amable y sublime invitación como la que hizo el Eterno a su Hijo muy amado «Siéntate a mi diestra hasta que ponga a tus enemigos como estrado de mis pies.»

Esto quiere decir que un día sus enemigos estarán todos sentados a los pies del mayor de los instructores y le tributarán homenaje; escucharán y seguirán sus caminos con entusiasmo. Con el espíritu del mundo se comprende muy distintamente este pasaje bíblico. Las gentes religiosas piensan que es un castigo y una humillación espantosos que esperan a los que actualmente son enemigos de Dios.

El escritor a los hebreos dice también que es el diablo quien tiene la potestad de la muerte, pero no el Eterno. Dios hace vivir, y nunca hace morir. Naturalmente, para ser viable el hombre tiene que llenar las condiciones de vida que convienen a su organismo.

Los seres humanos se han otorgado derechos que de ningún modo tienen. Se permiten sentenciar a muerte a su prójimo, combatirlo, hacerlo sufrir. Y sin embargo, ante Dios, nadie tiene derecho a hacer esto.

Nuestro sistema nervioso sensitivo necesita sentir benevolencia y bondad. Notamos la buena impresión que nos hace estar en contacto con alguien que nos ama; pero qué distinta sensación nos produce cuando nos codeamos con alguien que está mal dispuesto hacia nosotros, que nos

aborda con frialdad, indiferencia o amargura.

El Señor quiere hacer de nosotros verdaderos hijos, de sentimientos nobles y elevados. Para esto es necesario que seamos exhortados continuamente. Si hacemos la voluntad divina, tendremos un sano discernimiento, veremos claro como en pleno día.

En cambio, si pasamos con ligereza sobre las instrucciones del Señor, si no realizamos las condiciones, entonces será en vano que recibamos las gracias divinas, y no podrán surtir su efecto santificador en nosotros. Entonces exigiremos mucho de los demás y nosotros mismos no estaremos conformes.

Es indispensable, pues, que nos exhortemos constantemente unos a otros de la manera divina. Un hijo de Dios, que se confía con todo su corazón en el Señor, no tiene más preocupaciones ni temores. Sabe que el Señor dirige su barca. Si hacemos la voluntad del Señor, las cosas nunca pueden salir mal, y nunca podemos estar tristes.

Si nos sentimos desencantados, descontentos, desalentados, es que no hemos vivido la ley del amor al prójimo. No es posible disimular y decir: «Es el prójimo que tiene la culpa, no soy yo.» Esto no tiene mucho sentido. Si vivo el programa, me siento dichoso y feliz, y soy una bendición para mi entorno.

Como es la situación de nuestro corazón que nos clasifica inmediatamente, no puede haber equívoco. El que cae en el equívoco, es porque no está en la nota. Acusa a los demás, muestra la paja que está en el ojo de su hermano, y no ve la viga que está en el suyo.

Es lo que generalmente hacen los que han roto relaciones con el Señor. A veces trabajan con saña, creyendo agradar a Dios. Mientras que lo que el Señor pide es la práctica de la misericordia y del amor, y la humildad.

Es imposible que el Señor bendiga al que acusa y rebaja a su prójimo, que le encuentra faltas, en vez de procurar corregirse a si mismo. El que no es honrado con lo que le aconseja el Señor, es seguro que va de mal en peor, y su corazón está lleno de malas cosas.

Vemos, pues, cuán necesario es que tengamos siempre en nuestro pensamiento las exhortaciones divinas. También nos exhortan las lecciones que se presentan y que hemos de aprender.

Desde luego puede ocurrir que nos combatan, que nos creen dificultades, que nos acusen, incluso que se burlen y digan de nosotros toda clase de mal. Esto podría influenciarnos muy desfavorablemente y hacernos sufrir, sobre todo si somos aún muy orgullosos.

Pero si nos confiamos en el Señor como un niño, y si decimos: «Vuelve, oh alma mía, a tu

reposo, porque Jehová te ha hecho bien», inmediatamente el cielo se despeja, el sol inunda nuestro corazón y las nubes se disipan.

Es así simplemente cuando nos hemos exhortado nosotros mismos de la buena manera, y que hemos recordado las benevolencias divinas, ignorando todo lo demás.

No podemos regocijarnos bastante de lo que nos muestra el programa divino. El apóstol Pablo dijo a los filipenses: «Regocijaos en el Señor.» No tenemos, efectivamente, ninguna razón de estar tristes. Somos nosotros quienes nos hacemos tristes o felices según cómo alimentamos nuestro espíritu.

Si nos dejamos impresionar por la gracia divina, nos sentiremos felices. Mientras que si nos satisfacemos con todo lo que el adversario quiere mostrarnos para influenciarnos desfavorablemente, acabaremos forzosamente por estar en un completo estancamiento.

Por consiguiente, debemos mantenernos en el ambiente del Reino de Dios. Entonces, si nos sucede algo muy sensible y desagradable, decimos; «Es muy bueno para tu viejo hombre, es magnífico para que muera; por tanto, no te enfades, no te irrites, no te pongas triste, sé feliz de que si vences bien la dificultad, habrá un trozo de tu viejo hombre que habrá desaparecido.»

Es evidente que si permitimos que obre el diablo, nos enfadaremos. Si entramos en contacto con el que nos ha procurado la prueba, el descontento invadirá nuestro corazón, y habrá el fuego de la prueba. Entonces el diablo juega con nosotros como el gato con el ratón.

En cambio, si renunciamos a nosotros mismos, y tomamos la actitud de un combatiente del Reino de Dios, el adversario es vencido. Entonces comprobamos plenamente que todo concurre para el bien de los que aman a Dios. Así nos sentimos felices.

Si en todas las circunstancias nos conducimos como un hijo de Dios, podemos dar un magnífico testimonio. Los seres humanos podrían sentirse felices y contentos si vivieran el programa divino. Pero es necesario ir hacia el Señor y abrirle todo nuestro corazón.

El Eterno nos guía, nos conduce, y podemos echar toda nuestra ansiedad sobre El. Pero no debemos guardar nuestras antiguallas, nuestros hábitos, nuestras debilidades, nuestro egoísmo, todo lo que nos pesa y nos hace sufrir; así serán colmados nuestros deseos.

Las preocupaciones, las penas, las contrariedades, todo esto es malo en sumo grado para la salud, y mata al ser humano. ¿Por qué cargarnos con todo esto, puesto que el Señor nos dice: «Echad toda vuestra ansiedad sobre

mí, porque yo tengo cuidado de vosotros.» Si realizamos esta maravillosa regla de oro, que consiste en confiarnos enteramente en las manos del Señor, salimos ganando en todo.

Las Escrituras nos dan maravillosas exhortaciones, mostrándonos el proceso por seguir que lleva a la victoria. Del antiguo y del nuevo pacto podemos sacar consuelos y estímulos inefables. Hace cincuenta años que yo me deleito con la historia de José, y me regocijo ahora de ella tanto como hace cincuenta años.

Me alegro siempre de recordarla y hablar de ella más que antes porque he pasado muchas experiencias que me prueban que esto es así, tanto ahora como antiguamente. El Eterno es fiel, y siempre hace concurrir todo para el bien de sus queridos hijos.

Naturalmente, si queremos que esta maravillosa exhortación de la historia vivida de José nos sea útil, es preciso que nos la apliquemos a nosotros mismos, procurando desarrollar los mismos sentimientos.

Debemos grabar absolutamente en nuestra alma estas maravillosas exhortaciones, a fin de cultivar amor y nobleza, para que a nuestra vez vengamos a ser tiernos, y que no endurezcamos nuestros corazones.

No hay nada que endurezca tanto el corazón como haber obligado al Señor, con su paciencia, benevolencia, amor y perdón, y luego no manifestarlos al prójimo, cualquiera que sea. Aunque sea malo y esté mal dispuesto, no entra para nada en cuenta. Lo que importa es la situación que nosotros adoptemos, que pretendamos ser hijos de Dios.

Los que conocen la verdad y que no la viven, se ponen ellos mismos en una situación muy peligrosa. Se privan de esta manera de todas las bendiciones que podrían recibir, y se cortan directamente de la comunión con el Eterno.

Por tanto, es indispensable que tomemos a pecho todas las exhortaciones que el Señor deja venir hasta nosotros de distintas maneras, a fin de sensibilizar nuestra alma. Entonces podremos hacer magníficas experiencias.

¡Sólo pensemos en las maravillosas experiencias que pudieron hacer Daniel y los tres hebreos! Cuando hemos pasado así por el fuego del homo, lo demás nos parece muy poca cosa. Por otra parte, ¡qué gloriosas manifestaciones tuvimos de la protección divina, durante la guerra de 1939 a 1945!

Nuestros hermanos y hermanas, que estaban mezclados a la contienda, fueron guardados maravillosamente. Esto fue para mí un motivo de gozo muy grande, una magnífica instrucción que me estimuló muchísimo, y por la cual le agradezco infinitamente al Eterno.

En Suiza no hemos tenido estas instrucciones prácticas, porque la tormenta no nos ha alcanzado aún. El arado ha pasado en los países que fueron invadidos; por eso, la exhortación dada por la actitud y la protección de los hijos de Dios es una gran bendición.

Durante ese período, las exhortaciones en Suiza fueron dadas por nuestras publicaciones y por el testimonio de los verdaderos hijos de Dios; pero como en nuestro país no hubo tribulación, la gente del mundo no hizo mucho caso de ello. Como lo vemos, la tribulación se traduce en una ventaja, más bien que en una desventaja, esto a causa de la mentalidad deformada de los seres humanos.

La bendición no viene siempre como lo pensamos ni como lo quisiéramos. Todo depende de

nuestra situación espiritual. A menudo, a causa de la insensibilidad de nuestro corazón, es preferible la tribulación, porque deja instrucciones y exhortaciones profundas y preciosas; la verdad puede así penetrar en el corazón y librarlo de las cadenas del adversario. Pero entonces no debemos acusar al prójimo si nos sucede una tribulación, sino examinar en nosotros mismos para discernir lo que esta última nos enseña.

El Señor tiene una paciencia maravillosa, porque nos ama profundamente. Él tiene una misericordia sin límites, y nos lleva en su corazón. Nos da sin contar exhortaciones de todas clases para que nuestra alma se sensibilice poco a poco, al haber recibido tantas gracias y ternura; nos da para que nos habituemos a emplear para el prójimo los mismos métodos que el Señor emplea para nosotros.

Debemos, pues, dar una equivalencia del bien recibido, y así podremos realizar cosas inefables. En algunos versículos de Mateo 25, el Señor se refiere a los que hayan hecho el bien: «Venid benditos de mi Padre, heredad el reino... porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; estuve desnudo, y me cubristeis; enfermo, y me cuidasteis; en la cárcel, y me visitasteis. Los justos responderán al Rey diciendo: Señor, ¿cuándo te hicimos todo esto? El Rey les dirá: En cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis.»

Es, pues, maravilloso poder darnos cuenta de que todo el bien que les hacemos a nuestros hermanos y hermanas, el Señor lo recibe como si a él mismo se lo hubiéramos hecho.

Con esto comprendemos toda la importancia que tienen nuestros sentimientos hacia nuestros queridos hermanos y hermanas, y cuánto debemos alejar de nuestro corazón toda frialdad, toda indiferencia, toda idea personal, a fin de incorporarnos totalmente en la familia divina.

Es la familia de la fe que debe contar, puesto que es la familia que permanecerá siempre. Debemos alegrarnos de abnegarnos por ella, de renunciar a nosotros mismos para hacerla prosperar. Debemos tomar a pecho ser un regocijo y un consuelo para nuestros hermanos y nuestras hermanas. Sólo expresar palabras que sean una bendición.

Entonces podremos formar una familia admirable. Estaremos unidos juntos y el mundo será atraído por el maravilloso ambiente que se desprenda de nosotros.

Como lo refiere el apóstol Pedro, no fuimos rescatados de nuestra vana manera de vivir con oro o plata corruptibles, sino con la preciosa sangre del Cordero de Dios, nuestro querido Salvador. Por tanto, es indispensable que nos esforcemos en realizar la equivalencia de esta inefable obra de amor y de bendición, teniéndoles una gratitud profundamente sentida y un apego inalterable al Dador de todas las gracias excelentes y de todos los dones perfectos, el Eterno, y al autor de nuestra salvación, nuestro querido Salvador.

Como no dejo de repetirlo, el tiempo es corto, es preciso acelerar el paso para formar los lazos de la familia divina. El Señor tiene una paciencia y una mansedumbre inexpresables respecto a nosotros ¡pero debemos reaccionar de la buena manera, tener corazones de carne, pensando en la pobre humanidad. ¡Cuántos llantos y sufrimientos la afligen!

Pongamos a un lado resueltamente el egoísmo, las comodidades, los deseos personales, y

unámonos para un solo fin, la introducción del Reino de Dios en la tierra. No acusemos nunca al prójimo. Dejemos enternecer el corazón y desaparecer nuestro viejo hombre.

Entonces no encontraremos más a nuestro hermano molesto, a nuestra hermana importuna. No nos cansará más su lenguaje u otra cosa. Si nos resentimos, proviene de nuestro orgullo; es nuestro egoísmo que hace que nos sintamos desechados e incomprensidos.

El adversario nos hace ver todo al revés; nos hace ver a nuestro prójimo vil, incómodo, falta de tacto, etc. Si fuéramos verdaderamente humildes, nuestro juicio sería muy distinto, y nuestra única preocupación sería ayudar, amar y regocijar. Nuestra humildad nos permitiría considerar, por la fe, a nuestro prójimo mejor que nosotros mismos, y no ver el mal en nuestro entorno, sino en nosotros.

Es con estos pensamientos del Reino de Dios que debemos exhortarnos continuamente unos a otros, y también exhortarnos a nosotros mismos. Es preciso que podamos confiarnos completamente en el Todopoderoso, porque nos guarda y nos protege de una manera admirable.

El tiene cuidado de sus hijos con una solicitud sublime para que no les acontezca ningún mal. Si no nos quita todas las dificultades del camino, es porque no nos sería para nada ventajoso.

Para ser un vencedor, es preciso que tengamos luchas, y tengamos que combatir. Por eso, las pruebas son indispensables; pero el Señor no las deja venir a la ventura. Recordemos bien que no cae un cabello de nuestra cabeza sin su permiso.

Todo es guiado maravillosamente por su mano amable. Por eso, todo lo que nos sucede conviene que lo tomemos seriamente en consideración. No se trata de acusar al prójimo, sino ver lo que conviene reformar en nosotros, para que así aprendamos a conducirnos como un verdadero hijo.

El Señor nos dice: «Dame, hijo mío, tu corazón». Esta es la más dulce, la más íntima, la más inefable exhortación que podamos recibir de su parte. Por lo tanto, queremos penetrarnos de toda la maravillosa influencia de la gracia divina que contiene. Queremos, pues, agradecer profundamente esta exhortación y seguirla, dándole cada día nuestro corazón al Señor.

Preguntas para el cambio – del carácter –

1. ¿Hemos sido un ejemplo, un consuelo, un poder benéfico, por haber vivido fielmente los principios divinos?
2. ¿Hemos confiado todo al Eterno, y podido vencer así el temor, la tristeza, y sólo tener pensamientos de alegría y de optimismo?
3. ¿Hemos aprendido las lecciones de fe, de amor desinteresado, de humildad, de renunciamento, de generosidad?
4. ¿Hemos luchado con éxito contra nuestro espíritu orgulloso y envidioso, sido un amigo verdadero, y vencido todo egoísmo?
5. ¿Hemos podido realizar las pruebas del día a la manera divina, estar llenos de ternura, vencer intereses personales?
6. ¿Hemos ganado victorias sobre nuestro viejo hombre, sobre la frialdad, la indiferencia, podido traer impresiones del Reino?